

Xavier Sala i Martín

‘Outsourcing’ sexual

Dice la sabiduría popular que la prostitución es el oficio más antiguo del mundo. Aunque estrictamente hablando eso no puede ser verdad (en todo caso, el oficio más antiguo sería el del cliente que frecuentó a la primera prostituta, puesto que necesitaba haber trabajado en algún oficio para poder comprar sus servicios), lo que en realidad nos dice la frase es que la prostitución ha existido siempre y se ha dado en todas las civilizaciones. La universalidad del negocio del sexo indica que no se trata de un fenómeno cultural sino biológico.

Analícemos, pues, el proceso evolutivo: dado que los hombres pueden tener un hijo cada vez que copulan, nuestros padres ancestrales más lujuriosos tuvieron mayor descendencia que los que practicaron la castidad. En cambio, dado que una mujer sólo puede tener entre 12 y 15 hijos a lo largo de la vida, las hembras de conducta sexual ligera tuvieron tantos hijos –entre 12 y 15– como las que no fornicaban con tanta compulsión. La selección natural darwiniana sugiere, pues, que al ser nosotros descendientes de hombres extraordinariamente libidinosos (y con una preferencia por tener relaciones con muchas hembras) y de mujeres de vida más o menos ordenada, nuestro código genético actual dice: el hombre es más promiscuo que la mujer.

Pero la naturaleza del acto (hetero)sexual es tal que, cada vez que hay un hombre que hace el amor, también hay una mujer. ¿Cómo se compagina eso con el hecho de que el deseo carnal y la preferencia por la diversidad masculina sean mayores que las femeninas? Pues con unas pocas mujeres practicando el sexo con muchos hombres... a cambio de una compensación económica. Nace, pues, la prostitución.

Quizá fuera porque entendieron que las raíces del fenómeno eran biológicas y, por tanto, de difícil control, dos importantes teólogos cristianos como san Agustín o santo Tomás de Aquino llegaron a decir que la prostitución debía ser tolerada como “válvula de escape social”. Ese mismo principio debería ser entendido por Jordi

Hereu, el alcalde de Barcelona que ha encendido el debate sobre la legalización de la prostitución.

En principio, en una democracia liberal el Estado no debería oponerse a que un hombre y una mujer intercambien servicios por dinero. Al fin y al cabo, si se permite que una mujer le haga un masaje a un hombre, le analice la vista, le defienda ante el juez o le haga una clase de yoga a a cambio de dinero, ¿por qué va a prohibir que le haga una felación?

Una posible respuesta es que la felación no la hace por su propia voluntad sino por dinero. Esa respuesta es insatisfactoria, puesto que con ese razonamiento



AVALLONE

deberíamos prohibir casi todos los oficios del mundo. ¿O es que las mujeres de la limpieza lavan los urinarios por placer? ¿O es que los empleados de banca van a su puesto de trabajo cada lunes por amor al arte? ¡No! Lo hacen por dinero..., igual que las operarias del amor.

Otra respuesta común es que las prostitutas son objeto de tráfico de personas, obligadas y esclavizadas por los proxenetas. Eso tampoco es un buen argumento a favor de la prohibición. Es un argumento a favor de perseguir las mafias que trafican con personas, eso sí, pero del mismo modo que cuando se descubre a traficantes de orientales que trabajan esclavizados en establecimientos de Barcelona no

prohibimos los restaurantes chinos, tampoco debemos hacer lo mismo con la prostitución. Es más, el hecho de que las trabajadoras del sexo se dediquen a una actividad ilegal dificulta su liberación, porque, si denuncian a sus explotadores, ellas pueden acabar en la cárcel, ya que también están fuera de la ley.

Algunos prohibicionistas dicen que vender sexo es “moralmente reprobable”. Tampoco vale: si el legislador o el obispo pensarán que es moralmente reprobable que se corten los cabellos a cambio de dinero, ¿dejaríamos que el Estado aboliera las peluquerías? Respuesta: no. A diferencia del asesinato, el sexo no es obviamente perjudicial para las partes. Y fíjense en que nadie quiere obligar a vender sexo a la gente que lo encuentra inmoral. Pero hay que dejar libertad de elección a quien no comparta esa misma moralidad.

Existen dos argumentos poderosos a favor de la legalización. El primero ya ha sido esbozado: la mejor manera de combatir el tráfico de blancas es legalizar la prostitución para que cualquier explotación pueda ser denunciada sin miedo. Además, eso permitiría a las empresas del sector contratar a las trabajadoras en origen y a pagarles el viaje de ida y vuelta, eliminando así el negocio del traficante. El segundo es que, en el proceso de intercambio de sexo por dinero, hay una persona inocente (y engañada) cuya salud es puesta en peligro por la conducta temeraria del hombre: la esposa. El marido tiene derecho a arriesgar su propia salud, pero no la de su pareja (o la de los amantes de esta, si los hay). Es decir, la amenaza a la

salud de inocentes es una *externalidad* que necesita ser corregida. ¿Cómo? Los economistas han pensado dos maneras distintas... y ambas pasan por la legalización. La primera es la regulación: obligar a las trabajadoras de sexo a un control sanitario que garantice su salud y la de sus clientes. La segunda es la introducción de impuestos pigouvianos, parecidos a los que se usan para combatir la contaminación. Eso, además de equiparar la prostitución a todos los demás oficios que cotizan a Hacienda, encarecería la transacción, reduciría la demanda de servicios sexuales y disminuiría los incentivos económicos del hombre para practicar, voluntariamente, su *outsourcing* sexual.●

Pilar Rahola



Musulmanas sin lengua

La crónica negra de la mujer islámica es una retahíla de horrores que, por ella sola, llenaría las páginas diariamente. Sólo nos llegan los nombres de las mujeres más emblemáticas –quizás porque su valentía las visualiza, más allá de la opacidad en la que viven–, o los de aquellas pobres mujeres cuyo horror traspasa nuestra endémica indiferencia. Pero detrás de cada nombre, agazapado en la oscuridad de leyes terribles, hay miles de otras mujeres cuyo calvario no vemos, no oímos y no tenemos interés en relatar. La última noticia habla de Fauziya Abdalah, con sus doce añitos desangrándose durante tres días de parto, su matrimonio forzado, su sufrimiento inútil, su muerte. ¿Cuántas miles como ellas son arrancadas en plena infancia, desprotegidas por leyes que consideran a la mujer un mero aparato reproductor, propiedad tiránica del hombre que la ha adquirido? Es cierto que existen Fauziyas en todas las sociedades, pero la diferencia es fundamental: en ninguna otra cultura se debate la *bondad* religiosa de esta brutal práctica, y si existen hombres de Dios

Detrás de Fauziya, miles de niñas abruptamente arrancadas, legalmente, de sus cuentos de hadas

que la defienden, existen sociedades que la persiguen penalmente. En el islam, para desgracia del propio islam, crece la regresión hacia las posiciones más cavernícolas. Crece el islam medieval. Detrás de Fauziya, pues, miles de niñas abruptamente arrancadas, legalmente, de sus cuentos de hadas. Y no parece que su situación vaya a mejorar.

Y si Fauziya es la cara de la niña esposa, la región indonesia de Aceh es la última cara de la lapidación, después de que esta haya sido aprobada como castigo contra la “degradación moral”. Legal en muchos países islámicos, no sólo no desaparece, sino que lentamente va reapareciendo allí donde no existía. Y así, lejos de aumentar la influencia del islam culto, modernizador y libre para sus mujeres, aumenta la influencia del islam que las esclaviza. Y que no nos venga Alcoverro hablando de pobreza. Esto no es tribalismo pobre. Esto es ideología, a menudo profusamente financiada con petrodólares. Mujeres lapidadas por amar a alguien, por ser violadas por alguien, por ser sencillamente despreciadas por alguien. El horror de las piedras quebrando sus huesos, su piel ensangrentada, el odio de un machismo delirante, arrancando su último aliento, y... todo legal. Podríamos hablar de tantas otras mujeres, la sudanesa que lucha por llevar pantalones, la malasia condenada a azotes por beber cerveza, las valientes luchadoras con fetuas de muerte en su cabeza, las que no tienen voz, pero gritan en el silencio. Millones. Hay un islam delirante, malvado, cruel. Ese islam tiene que perder la guerra de las ideas. Porque el islam de las mujeres y los hombres libres es un islam bello que merece un gran lugar en la historia moderna. No puede ser usurpado por estos locos medievales cuyo fanatismo violento sólo lleva a la destrucción.●

X. SALA I MARTÍN, Universidad de Columbia, Universitat Pompeu Fabra y Fundació Umbele

Laura Freixas

Prostitución: una propuesta

Por fin parece que en el tema de la prostitución nos vamos a dejar de hipocresías, fariseísmos y moralinas. Por fin parece que vamos a encararla como es debido, es decir, regulándola. Los argumentos no pueden estar más claros. La prostitución es una realidad social que ha existido siempre, por lo que es ilusorio intentar erradicarla. Es cierto que hay mafias, esclavitud, trata, etcétera, pero eso es lo que hay que castigar, y no a las trabajadoras que libremente y a cambio de un pago se alquilan para actos sexuales, que es lo mismo que alquilarse para hacer la vendimia o vender zapatos. Ciertamente el trabajo sexual está mal visto, pero eso no es sino síntoma de una mentalidad atrasada y pacata, que con el tiempo y el progreso irá, esperemoslo, cambiando.

Permítanme ahora formular una humilde propuesta. Ya que por fin nos hemos quitado la máscara bienpensante, aprovechemos para legalizar otro fenómeno ante el que sería inútil cerrar los ojos. Me refiero a los malos tratos. Igual que la prostitución, es esta una realidad que ha existido siempre. El motivo es el mismo en ambos casos: algunos caballeros (siempre caballeros, pero este es un detalle sin significación particular) consideran oportuno desahogar, sobre señoras (siempre o casi siempre señoras, inmigrantes y pobres, pero eso también es casualidad) sus instintos reprimidos. Nada que objetar, desde el momento en que pagan. Junto con los burdeles podríamos pues habilitar unos establecimientos, con la debida licencia municipal, control sanitario..., en los que unas señoritas, trabajadoras de la vio-

lencia, estuvieran a disposición de los señores clientes que deseen, mediante el pago de una cantidad variable según el servicio (cachete, tanto; patada, tanto; tirar al suelo y arrastrar de los pelos, tanto), insultarlas y abofetearlas. Es cierto que no es muy placentero recibir una paliza, pero no puede ser mucho más desagradable que ponerse de rodillas ante un desconocido –y luego otro, y otro, y así un día y otro día– que se baja la bragueta. Lo importante es lo que viene después: un espléndido billete de veinte euros... Espero haberles convencido, y el próximo día podemos abordar otra manera que tienen los pobres de ganarse la vida y que debería asimismo regularse sin tapujos: vender a los ricos un ojo o medio hígado.●

www.laurafreixas.com